

CUADRO DE SITUACIÓN

Los cambios que trae la pandemia

El coronavirus y sus figuras retóricas

Lorenza Sebesta O'Connell

Historiadora

Entre las figuras retóricas que han caracterizado el debate sobre el coronavirus, **la antítesis**, además de **la metáfora**, tiene un lugar destacado. Antecámara de una síntesis irrefutable para los filósofos hegelianos y marxistas, la antítesis se ha vuelto en el contexto del coronavirus **un artilugio para estilizar sus complejidades y orientar nuestras reacciones**.

Lejos de ser una ayuda retórica para resolver, por medio de debates iluminados, nuestras angustias, se parece más bien a un matón parado en la calle que nos asusta con su brutal intimación: **o la bolsa o la vida**.

La tapa del *The Economist* del 4 de abril representa un ejemplo preclaro de la antítesis a la cual me refiero. En un desolado paisaje de rejas, con iglesia al fondo, campea el título "Un cálculo funesto": se trata de computar el **trade off entre vidas salvadas y pérdidas económicas**.

Este cálculo no sería solo posible, sino deseable y, finalmente, necesario para llegar a una buena decisión pública. ¿Una idea estrambótica? Diría yo, más bien, **incorrecta**.

Según Alain Supiot, que siempre trabajó al confín entre derecho, filosofía y antropología, **la idea del cálculo como núcleo de la armonía social** es uno de los elementos que unen capitalismo y comunismo. Mientras que los regímenes comunistas han utilizado el instrumento de la planificación centralizada, los padres del liberalismo han confiado más bien en la composición espontánea de los cálculos del interés individual, enmarcados en un estado de derecho, como dinámica crucial de dicha armonía.

En el caso de la planificación, añado yo, los modelos matemáticos son instrumentos para alcanzar los más variados objetivos —como fue el caso de Europa a la salida de la Segunda Guerra Mundial, donde algunos países se volcaron a la construcción del "socialismo real" y otros hacia una democracia liberal.

Todos, sin embargo, confiaron en cierto grado de **planificación**, sin que nadie, excepto los liberales más extremos, pensara de estar cayendo en las fauces del Moloch comunista.

El cálculo de los liberales fundamentalistas es más bien orientado a comparar costos y beneficios de cada situación, en vista de la maximización de su propia ganancia. La vida de uno se conceptualiza como **una carrera de obstáculos** y cada situación existencial como **un escenario de riesgo**, donde interactúan diferentes vulnerabilidades que se contabilizan, básicamente, como la entidad del posible daño multiplicada por su probabilidad.

Para decidir cuál salario aceptar para un trabajo peligroso, por ejemplo, tendría uno que calcular, en base al aumento de su probabilidad de fallecer, el **trade off** más apropiado entre mayores ganancias y pérdida de vida.

¿Es correcto lógicamente, además de justo éticamente, comparar el gobierno a un individuo egoísta que actúa en un entorno que no puede cambiar (el Estado terminó, de hecho, con muchos trabajos peligrosos)? Y sugerir, por ende, tratar de reducir el problema del coronavirus a un **trade-off** entre conceptos tan diferentes como **vida y economía**, creando una oposición ficticia tan solo para poderse valer de (dudosos) modelos de riesgo?

Pareció responder a estas inquietudes el diario británico *Financial Times*, con un editorial publicado en los mismos días, bajo el título "El virus pone al descubierto **la fragilidad del contrato social**".

Su autor (o autores) reclamaba nada menos que "reformas radicales" de las orientaciones de política económica vigentes en los últimos cuarenta años: como lo habían aprendido los líderes occidentales durante la Gran Depresión y después de la Segunda Guerra Mundial, "al pedir sacrificios colectivos", los gobiernos "tienen que ofrecer un contrato social que beneficie todos". Para hacer eso, tendrían que mirar a **"los servicios públicos como inversiones y no pasivos"**, "encontrar modalidades para hacer del mercado del trabajo un lugar menos inseguro" y otras cosas más del mismo estilo.

Complementaba idealmente estas sugerencias, pocas semanas después, el filósofo Michael Sandel, desde el *The New York Times*, al descalificar la meritocracia por haber eclipsado la pregunta básica sobre **"¿Qué obligación tenemos unos con otros como ciudadanos?"**: la persistente identificación del éxito con el esfuerzo y genio personales habría socavado, según Sandel, aquel sentimiento tan intangible cuanto profundo de "deuda hacia la comunidad", cemento de toda buena sociedad. El covid-19 nos habría "obligado a **revisar cuáles son las funciones sociales y económicas más importantes**", para otorgarle más atención, dignidad y recursos.

Una ocasión para llevar estas ideas esperanzadoras al plano político podría ser la puesta en marcha del plan de rescate presentado por la Comisión Europea a fines de mayo. Esperamos que su lema ("La UE de la próxima generación") no quiera aludir solo a **los efectos perversos** que la deuda emitida a cargo del presupuesto comunitario tendrá sobre la próxima generación; este sería no más que una variación sobre el tema de **los tantos sermones infligidos** por el ministro de Finanzas alemán Schäuble a su homólogo Varoufakis a lo largo de la crisis griega —que por cierto más que ayudar el país a salir de esa, contribuyeron a la ruptura del contrato social sobre el cual se regía su gobierno, adelantando su caída.

Esperamos que el covid-19 haya despejado toda duda sobre que no son los meros cálculos los que salvarán a nuestras sociedades, sino la solidez de sus lazos sociales. ■

¿Podremos reconocernos en el espejo?

Fabián Echegaray

Político. Director de Market Analysis, consultora de mercado y opinión pública con sede en Brasil.

La **disrupción** provocada por el covid-19 **no dejó dimensión de la vida sin tocar**. El triple condicionamiento de la emergencia sanitaria, el aislamiento social y la recesión económica alteró **la manera de llevar nuestras rutinas, de relacionarnos con los otros y de expresar nuestra identidad**, cambiando hábitos y conductas.

Mientras nos preguntamos si volveremos a la vieja normalidad o migraremos para un nuevo patrón de normalidad, desde la perspectiva de inteligencia de mercado y enfocando en los estándares de vida de las clases medias, nos queda reconocer **tres tipos de implicaciones traídas por la pandemia**. La aceleración de tendencias pre-anunciadas es una de esas derivaciones. Desarrollos como **la digitalización del trabajo, la educación, el consumo, la salud, el entretenimiento y hasta el amor** no son novedades.

La creciente adopción del home-office en las industrias de TI y consultoría, la paulatina expansión de la educación a distancia entre universidades privadas, la adhesión a las compras online entre los menores de 50 años, el favorecimiento de la telemedicina por convenios médicos, la seducción de la realidad virtual y los juegos colectivos en tiempo real entre varias generaciones y el éxito del Tinder

para las relaciones amorosas están lejos de ser fenómenos inéditos.

Eso sí, **la pandemia los intensificó y popularizó**. Lo mismo ocurre con la hiper-individualización de las prácticas de recreación, movilidad o ciudadanía (reforzada por el **distanciamiento social y la obsesión contra las multitudes**). La vuelta de los cines *drive-ins*, el repunte del **cyber-activismo** a un click de mouse y nuestras calles repobladas de coches con pasajero único reflejarán ese movimiento.

La pandemia también genera **la desaceleración de tendencias en marcha**. Las dificultades financieras que impone el cierre de la economía ralentizan el consumismo de demostración y la auto-gratificación inmediata vía compra, forzando a **redescubrir placeres, hobbies y recompensas no materiales**.

Desacelera la emisión de gases y contaminación urbana fruto del 'lockdown', pero el covid está lejos de ser sólo una buena noticia para un modelo de desarrollo sostenible. La pandemia congela las prácticas favorables al consumo colaborativo y la economía compartida, **golpea la economía circular de re-uso o reciclaje de bienes** y nos hace retroceder en reducir el plástico en nuestros hábitos de consumo. **La obcecación desinfectante hiere al descarte responsable de residuos**.

También se revierten estilos de vida anclados en un hedonismo de experiencia antes que de posesión material: del turismo de aventura a las danzas de salón, pasando por la degustación enológica y los viajes a destinos exóticos, el frenesí del distanciamiento espacial y el pavor anticontaminante disminuyen su poder de atracción. Por motivos parecidos, la revitalización de los centros urbanos pivoteada por el consumo fuera de casa en bares, cafés y shoppings así como por las movidas culturales de teatro, galerías y museos pierde sentido. **Ambientes cerrados pasan a ser sinónimos de inseguridad y sin escala ni patrocinio externo la oferta cultural desanda**. ¿Nos espera un futuro más suburbano, menos cosmopolita, pobre de estímulos culturales, de bienes descartable y menos cooperativo?

La pandemia, por último, revela sorpresas, evoluciones inesperadas en las preferencias y actividades de los consumidores. **¿Quién adivinaría que nuestros hogares se convertirían en centros multi-tarea, 24x7?**

¿Quién imaginaría la revaloración de los lazos comunitarios y de vecindad simultánea a **la multiplicación de la soledad y los trastornos de ansiedad** en escalas nunca vistas y con igual intensidad entre los muy jóvenes y los muy ancianos? ¿Quién supondría el rescate de hobbies y formas analógicas de recreación como amalgama de convivencia familiar al mismo tiempo que estallan los proyectos de familia con la multiplicación de divorcios? ¿Quién pronosticaría que **la higienización antibacteriana se convertiría en sinónimo de bienestar**, confort y seguridad y criterio tanto para el aprovisionamiento doméstico como para las relaciones sociales?

La pandemia **no es un paréntesis antes de volver al mundo normal antiguo ni un trampolín para un nuevo modelo ya definido**. Al final de ella, nos aguarda **un universo heterogéneo y desigual de estilos y formas de vivir**, reflejo de convivir por demasiados meses con una depresión económica, una recesión de la sociabilidad y una entronización del pavor anti-contaminación. ¿Podremos reconocernos en el espejo? ■



DANIEL ROLDÁN